

do de nuestra redención, hace descender la clemencia divina sobre el asesino de toda su familia.

Vuelta la cara hacia el suelo, el viejo mendigo estaba inmóvil á los pies del eclesiástico. Tiende éste la mano para levantarle: estaba muerto.

(De *El Aguinaldo Religioso del Correo de Caracas*)

APUNTES AUTOBIOGRÁFICOS

DEL GENERAL D. JOSÉ MARÍA ORTEGA Y NARIÑO

(Continuación)

Si al hablar de los acontecimientos de 1840 se muestra tan sobrio el General ORTEGA, sobre los de 1849 á 1853 se limita, como ya lo vio el lector, á decir que fue removido de la dirección del Colegio Militar, porque sus opiniones políticas no estaban de acuerdo con las del Gobierno.

Sin embargo, ORTEGA desempeñó papel prominente en la memorable sesión del 7 de Marzo de 1849. Oigamos al General Posada Gutiérrez:

“El Congreso permaneció algunas horas aguardando que el tumulto se aplacase Todas las salidas de la iglesia, tanto las que daban á la calle como las que comunicaban con los claustros, estaban ocupadas por los que horas antes habían atropellado á los Diputados en el recinto de las sesiones. La noche se acercaba y no había apariencia ninguna de que tal situación cambiase. El General José MARÍA ORTEGA hizo la siguiente proposición: ‘Suspéndase la elección de Presidente de la República hasta que las Cámaras designen nuevo día para continuarla,’ y tomando la palabra, manifestó que ni el decoro del Congreso, ni el interés de la Nación permitían que se continuara la elección, que no podría dejar de ser mirada en toda la República como ilegítima, por ser obra de la violencia, y añadió: ‘Un sentimiento puro de patriotismo es el que me ha inspirado la medida que propongo: después de haber enca-

necidó en los combates y en los peligros, tengo títulos para esperar que no habrá en este recinto quien atribuya á cobardía la proposición que he hecho; dispuesto estoy á arrosar los riesgos de nuestra posición y á recibir la muerte que se nos prepara indefensos; ella sería honrosa, pero la juzgo inútil para la Patria. El bien de la República pide que le conservemos la paz preciosa de que disfruta, que difiramos una elección que habíamos venido á perfeccionar contando con que el Congreso podría ejercer libremente los derechos que le corresponden. Sé bien que el crecido concurso que ha rodeado á la Representación nacional no se compone en su totalidad de agresores; allí deben estar nuestros hijos, nuestros hermanos, nuestros amigos, dispuestos á defendernos; pero, ¿qué ganará la República con que se verifique un encuentro sangriento en este augusto recinto? Sea quien fuere el elegido, conviene que la elección se perfeccione con toda libertad y sin ninguna apariencia de coacción.....’

“..... Puesta á votación la moción del Sr. ORTEGA, fue negada.”

Terminemos diciendo que el General firmó su voto por el Dr. Rufino Cuervo.

.....
Sigue diciendo en sus *Apuntes*:

“Retirado ORTEGA al pueblo de Nemocón, con sus letras de cuartel, permaneció allí hasta 1854, año en que ocupó una silla en el Congreso como Representante por la Provincia de Cundinamarca, y que el 17 de Abril tuvo que abandonar, por consecuencia del motín militar de aquel año.” (1)

Aquí dejamos la palabra al Sr. D. Pedro Fernández Madrid. La carta que sigue narra los acontecimientos que tuvo parte el General ORTEGA; es un retrato de la per-

(1) Cód. I.

sonalidad íntima del ilustre veterano, de parecido insuperable y trazado de mano maestra, y es también una joya literaria.

Al Sr. D. José María Quijano Otero.

(Memorandum confidencial)

“ Hablé por primera vez con el General ORTEGA en los certámenes públicos del Instituto de Cristo. Al levantarse el acto final, el General se me acercó, y tomándome del brazo con aquel aire de familiaridad y agasajo que le era peculiar, se puso á pasear conmigo por el patio del Colegio, hablándome largamente de las complicaciones políticas y de las dificultades que podían presentárenos en el Congreso de 1854 á que ambos debíamos concurrir, él como Representante y yo como Senador.

“ Disuelto el Congreso por el motín del 17 de Abril, no volví á ver al General hasta mediados de Junio, en que tuvo la bondad de presentarse en casa para comunicarme la orden-circular del General Herrera, como encargado del Poder Ejecutivo, convocando á los miembros de las Cámaras legislativas á reunirse en Ibagué el 20 de Julio siguiente, y otras llamando á las filas del Ejército constitucional á todos los Jefes y Oficiales de la Nación. Después de haber leído estas piezas, el General me preguntó: —¿ Qué le parece á usted? —Que debemos irnos, le contesté. El me manifestó que era del mismo parecer, y que el General Vélez estaba dispuesto á acompañarnos. En consecuencia, convinimos en invitar sigilosamente á nuestros amigos compañeros de diputación; mas como éstos tuviesen inconvenientes para emprender la marcha inmediatamente, resolvimos anticiparnos á verificarla, señalando como punto de reunión la casa de campo del Dr. Jorge Vargas, próxima á Puente Aranda. Allí debía aguardarnos,

al anochecer del 26 de Junio, el General ORTEGA; y allí debíamos juntarnos con él, el General Vélez y yo, saliendo con tal fin de Chapinero á la misma hora.

“ Por la vida sedentaria que yo llevé siempre en Bogotá no conocía el tal puente; y como el General Vélez estaba quebrantado por sus males, y desvanecido por el sereno y el movimiento del caballo, ambos quedamos desconcertados, cuando al pasar el puente, en vez de encontrar una casa de campo, y en ella al General ORTEGA, nos vimos en el sucio corredor de una venta, y en presencia de un destacamento melista. Interrogados por el Oficial, dijimos que íbamos al Cuartel General de Melo, situado á la sazón en Facativá, y que pernoctaríamos en Fontibón; y, efectivamente, seguimos camino en aquella dirección, aunque ya sin saber qué partido tomar. Afortunadamente pudimos orientarnos en una choza á orillas del camellón; y, sabedores de que la casa que buscábamos estaba en el potrero de la venta que dejábamos atrás, retrocedimos, aunque era forzoso volver á pasar por el destacamento. El Oficial, que parecía ser miembro de la Sociedad Democrática, extrañó nuestra reaparición, ojeó señudo la espada y rifle del General, y alumbrándome el rostro con una vela que en la mano tenía: —‘¿Quién es éste?’ preguntó.—‘Pedro Fernández,’ le respondí.—‘Si,’ murmuró él con señales de creyente mal humor: ‘El Sr. Madrid.’

“ En ese momento sonaron gritos de riña entre la soldadesca, y esto distrajo la atención del Oficial. Aprovechándonos de la oportunidad, penetrámos en el potrero por uno de los corrales laterales de la venta, y la presión de una mano amiga que abarcaba la mía, nos sirvió de conductor. La casa solicitada estaba pocos pasos del camino; y luego que llegámos al patio de ella, el General ORTEGA, que había sido nuestro guía en el trayecto, y que, á la sombra de la venta, había escuchado nuestros dos diálogos con el Oficial, nos convidó á apearnos y participar de una ollita de ajiaco que había mandado preparar, y que, según

decía, estaría listo y exquisito dentro de media hora á más tardar. El General Vélez aceptó de buena voluntad, y acto continuo se desmontó; pero yo, que había sido reconocido, me resistí. —‘No tenga miedo,’ me dijeron los Generales. —‘De lo que tengo miedo, les contesté, es del ridículo de regresar presos á Bogotá, casi sin haber salido de sus arrabales.’ El General ORTEGA porfiaba ponderando lo sabroso que estaría el ajiaco; pero viendo que yo contratava un baquiano entre los peones que allí había, y que me disponía á partir, hizo traer la olla; y sorbiendo, literalmente con el pie en el estribo, unas cucharadas de caldo, montó con su compañero, y juntos los tres tomámos otra vez el camino, á pesar de los amagos que para detenernos hicieron los soldados del destacamento. Torciendo luego á la izquierda, y atravesando los potreros de Chamicera hasta el Puente de Bosa, seguimos por Soacha á Cincha, hacienda de D. Luis Umaña. Allí descansámos unas pocas horas, y, á cortas jornadas, por el estado delicado en que se hallaba el General Vélez, llegámos á Guataquí en la noche del 30 de Junio, sin que yo volviera á insubordinarme en el resto de la peregrinación.

“En Guataquí fuimos acogidos con mucha hospitalidad en casa de un Sr. Criales. Allí supimos que, á la madrugada del día siguiente, bajaría para Honda un individuo con quien podíamos escribir dando parte de nuestra llegada á los miembros del Gobierno, que se habían trasladado á aquella ciudad con ánimo de seguir á la de Ocaña, abandonando ya la idea de reunir el Congreso en Ibagué. El General ORTEGA, con su genial prontitud, pidió inmediatamente pluma y papel y extendió su comunicación; otro tanto hicimos el General Vélez y yo; y después supimos que el recibo de este aviso hizo variar totalmente las determinaciones de los miembros del Gobierno, que ya habían tomado pasaje para Ocaña en uno de los vapores del Magdalena. De las trascendentales consecuencias de este paso, debido principalmente al General ORTEGA, por la

oportunidad con que salimos de Bogotá y despachámos el aviso de nuestra llegada á Guataquí, podrá juzgarse en vista de un artículo publicado por el Sr. Pastor Ospina en uno de los primeros números de *El Porvenir*, relatando la parte que él tuvo en que no se abandonase la orilla izquierda del Magdalena.

“En el caserío de dicha orilla, fronterizo á Guataquí, estaba el Coronel Arenas con unos diez y siete andrajosos que figuraban, en las *chispas* de la capital, como una gran división. El nos informó que las demás fuerzas constitucionales se reducían á treinta ó cuarenta reclutas que el Gobernador Viana tenía en Ambalema, doscientos que comandaba el Sr. Arboleda en Honda, y otros tantos milicianos de Silvia, excelentes soldados, pero acérrimos obandistas, que estaban acuartelados en Piedras, bajo el mando nominal del *Mochó Vargas*; preguntado el Coronel Arenas si no temía que Melo enviase una partida de húsares á sorprenderlo, nos manifestó que el único cuidado que tenía, por ciertos papelititos que había interceptado á los Oficiales de Piedras, que estaban ansiosos por establecer correspondencia con Obando, era el de ser aprehendido por esa gente.

“Tal se nos presentaba la situación política, cuando en la tarde del 30 de Junio, después de haber pasado por la mañana el río, seguimos lentamente para dicho pueblo. En el curso de esa marcha repentina, se nos adelantaron varios viandantes; con todos ellos trababa el General ORTEGA conversación, y transmitía reiteradas instancias al Sr. Rudesindo Galvis, para que no se afanase, advirtiéndole que llegaríamos á eso de las siete, y que una ligera colación nos bastaría. A las seis salió á nuestro encuentro un Oficial de la confianza del *Mochó*, despachado por él para notificar á los Generales la embarazosa situación en que se hallaba, y la conveniencia de sostener que la prisión de Obando no era ficticia, agregando que no venía él mismo á saludarnos, por no separarse de su tropa, ni despertar en ella sospechas. Al llegar á Piedras comprendí, por el porte del Sr.

Galvis, á quien yo veía por primera vez con extrañeza y curiosidad, que sus relaciones con mis compañeros no eran estrechas. La casa, sin embargo, estaba iluminada hasta en los corredores exteriores: se había tendido una mesa cubierta de viandas, frutas, dulces y vinos varios, bajo un hermoso emparrado; y hallámos apositos dispuestos para nuestro descanso y holgura.

“El General ORTEGA merecía, en verdad, el nombre de *Don Cómodo*, que le daban sus sobrinos los Sres. Caycedos: no pecaba por corto, ni reparaba en pelillos para utilizar, mejorar ó aliviar la situación en que se encontrase, cualquiera que fuese. Además, gustaba de los buenos bocados, y por cierta enfermedad orgánica que al fin minó su constitución y lo llevó al sepulcro, tenía imperiosa necesidad de alimentarse á cortos intervalos. Pero no era goloso ni mucho menos lo que se llama glotón, como pudiera colegirse de estos apuntes; por el contrario, era parco, no probaba licor, y dejaba pronto la mesa.

“Conocidas estas tendencias del General, su llaneza y buen natural, y su afición á lo confortable, está por demás decir que permanecemos un par de días en Piedras, procurando él (y creo que también su colega, aunque éste con menos empeño) congraciarse con los oficiales popayaneros: y estudiando yo asiduamente á nuestro original anfitrión, que me interesó en extremo, así por sus excéntricas ideas y su peregrina manera de expresarlas, como por su figura singularmente grotesca y venerable.

“Desflorada apenas la hospitalidad que el Sr. Galvis nos dispensaba con grave continente é inequívoca buena voluntad, proseguimos nuestro derrotero y llegámos en los primeros días de Julio á Ibagué, donde no había á la sazón ningún forastero. Las gentes, aunque buenas en el fondo, nos miraban con displicencia, por ser en lo general adictas á la revolución; y todavía, al retirarnos, después de varios meses de mansión en aquel distrito, no dejámos en él más

amigos que el *Chipalo* y el *Combeima*. Digo esto por lo que hace al General Vélez y á mí; en cuanto al General ORTEGA, es otra cosa. Traba jo le costó amansar á los moradores adustos por ese espíritu de partido que con razón se ha llamado la locura de muchos para provecho de pocos; pero lo consiguió en tal grado, que á poco tiempo ya le faltaba á éste tiempo para asistir á los paseos y tertulias á que era invitado, y llovían sobre él regalos de flores, frutas y dulces.

Había salido de Bogotá solamente con doce reales entre su amplia bolsa de seda roja, que desataba y volvía á enlazar, con el desenfado de un millonario, cada vez que se trataba de hacer algún gasto, y que, sin embargo, llegó al término de la excursión sin otro menoscabo que el de algunas limosnas dadas en el camino, pues sus compañeros no estaban tan desprovistos como él. En cuanto á equipaje, ninguno de nosotros disponía más que de una muda, fuera de lo encapillado. Cuando meses después se reunió el Congreso, pocos diputados pudieron presentarse sin ruana, y varios se excusaron de llevar mensajes al Ejecutivo, por carecer de calzado sano ó pantalones presentables. En cambio, todos corazón patriota y exclusivamente granadino, no había banda derecha ni banda izquierda, y todas nuestras odiosas diferencias de partido parecieron extinguirse. Liborio Escallón autorizaba, como Secretario, las órdenes del General López, y Francisco Eustaquio Alvarez transmitía las del General París, como su edecán. ¡Ay! El 17 de Abril, que produjo esa reconciliación, aunque fuese fugaz, no debería apellidarse infausto en nuestros anales.....

“Pero volvamos al equipaje de que íbamos hablando. A los dos ó tres días de haber llegado nosotros á Ibagué, se presentó allí el Gobernador Viana, y obtuvo el General ORTEGA un suplemento á cuenta de su pensión militar. No sé de dónde desenterró un sastré, y pronto estuvo provisto de ropa interior, bayetón azul de forro naranjado, dos ó tres pares de calzones, levitas cortas de multiplicados bolsillos, y, finalmente, una maletita de lienzo del país, que se abría

y cerraba con suma facilidad y perfecto ajuste, en la cual lograba que le cupiese cuanto poseía, dejándola, sin embargo, reducida á un volumen de incomprendible pequeñez. Su natural despejo y maña para todos los negocios prácticos de la vida, le constituyeron desde luego árbitro supremo de nuestro provisional hogar y de cuanto nos era común. Por la mañana, sus joviales acentos nos servían de diana para dejar el lecho, es decir, el General Vélez su hamaca, y yo la dura mesita en que había pasado la noche: saltaba alegremente de la *cuya* que las caseras le habían proporcionado, se vestía en un tris, doblaba con tanta velocidad como simetría sus cobijas, almohada y pellón, y, liándolo todo con presteza y primor, lo ligaba en una especie de tarabita, que le hacía también veces de guardarropa, pues de ella pendía la maleta consabida. Cruzaba unas pocas palabras con nosotros, y comunicando de paso sus instrucciones á la cocinera, salía á conversar con todos los vecinos y á dar sus vueltas, dejándonos todavía á medio levantar. Pasaba el resto de la mañana en misa y en el baño, amenizaba nuestro almuerzo con chistes y cuentecitos, pues casi nunca le faltaba buen humor; en seguida se afeitaba, y después de lavarse, peinarse y arreglarse brevemente la corbata al espejo, nos pedía nuestros útiles de escribir, extendía alguna carta lacónica y volvía añicos lo que acababa de contestar, pues según decía, jamás había gustado de cargar archivo. Luégo salía á buscar distracción; por la tarde se paseaba ó se entretenía enseñando un simulacro de ejercicio militar á los diputados y jóvenes emigrados de la Capital, que comenzaban á llegar, y la noche la pasaba en alguna tertulia ó en la mesa de tresillo de los miembros del Gobierno, cuando ya éstos estuvieron en Ibagué.

“Siempre regresaba á casa á eso de las diez: si estábamos ya acostados, descolgaba y tendía silenciosamente su cama en un abrir y cerrar de ojos: si, por el contrario, estábamos todavía en pie, nos comunicaba las noticias que acababa de saber, me pedía que leyera el editorial que yo

solía escribir para el *Boletín Oficial*, ó me acompañaba á escuchar la conclusión de algunas de las marciales narraciones con que me favorecía el General Vélez.

“ORTEGA las complementaba haciendo el honor debido á su hermano y antiguo camarada, en lo cual parecía hallar particular satisfacción, bien que de sus propias hazañas nunca decía una palabra; y esto no por estudio, sino porque no parecía tener conciencia de su mérito, y porque aunque estaba lejos, muy lejos, de ser tímido ó vergonzoso, era, en realidad, tan modesto, que ni sospechaba serlo.

“Una de las cosas para mí más recomendables en el General ORTEGA, era su falta de hiel. A pesar de haber tenido detractores, jamás le oí una murmuración, y á pesar de ser muy jocoso, tenía lo que se llama buena lengua; nunca se le escapaba una voz picante, y menos aún palabra alguna que pudiese empañar la honra ajena. No era aficionado á las letras, ni estaba dotado de chispa poética; tal vez jamás había leído cosa alguna, excepto las Ordenanzas del Ejército ó la *Gaceta Oficial* (1); pero había hojeado frecuentemente el libro de la experiencia, y como tenía gran penetración y buen sentido, había aprendido mucho en él. Por lo demás, aunque careciese de erudición y no tuviese una imaginación muy susceptible, nada de esto se echaba de menos en su trato, que era culto y cortés, y particularmente agradable por su aire franco y cordial, y por el dón de gentes que le era natural. No sé lo que sería en su juventud; pero presumo que si se coleccionara su correspondencia militar, rara vez ó nunca se encontraría en ella la palabra gloria, que era para él verdaderamente humo fugaz, aunque muy sensible á las nociones del patriotismo y del deber. Tampoco estoy bien enterado de sus servicios

(1) Ya hemos dicho que leía diariamente el *Año Cristiano*, en la clásica versión del P. Isla. Le eran familiares otros libros de los grandes ascéticos españoles, y tanto en el Colegio Militar como en el de los Sres. Santamaría, dictó clases de matemáticas. De esas lecturas hay huellas en su estilo: no elegante, pero sí castizo y claro.

en lo que hemos denominado nuestra guerra magna; pero es evidente que no hizo en balde sus campañas, pues poseía un criterio militar muy distinguido, y había adquirido en ella esa prudente temeridad que fue el alma de nuestras grandes victorias (1).

“Cuanto sabía hacer, lo sabía hacer aprisa; y así, á cada nueva complicación, á cada faz inopinada que ofrecían los acontecimientos, cuando otros veteranos estaban perplejos y desorientados, él tenía siempre listo algún plan claro, plausible y atrevido. Un momento después de haberlo expuesto, sin cuidarse de que ese plan fuera aceptado ó nó, y olvidándose, al parecer, de las importantes indicaciones que acababa de hacer, hubiera podido vérselo, aguja en mano, pegando algún botón, ó comprando medio real de naranjas en la puerta de nuestra habitación.

“Estas son bagatelas, frivolidades, se dirá. Así es; pero del mismo modo que la paja, por leve que sea su peso, suele indicar la dirección del viento, estas fútiles reminiscencias de nuestro buen General pueden suministrar, si quiera sea por concomitancia, algún ligero tinte, algún matiz adicional á la rica paleta de su hábil pintor. Caro definió á ORTEGA años antes, dando á entender festivamente que había dos seres en él: unas veces Napoleón y otras el General Pey. Para mí tengo que era un hombre honrado y valeroso, de alma diáfana, sin pliegues ni doblez; filósofo práctico y hombre de mundo á la vez, siempre igual y sin pizca de pretensión; afectuosísimo con su familia, afable en sociedad, inofensivo, sencillo y natural sobre toda ponderación.

“Debelar á la facción, acusar y suspender al Presidente Obando, eran las más urgentes necesidades de la época;

(1) Este pasaje pinta la modestia del General. Vivir en el ocio de muchos meses con un hombre que tiene la historia de Ortega en Venezuela, y al cabo no saber nada de su biografía, y apenas sospechar “que no hizo en balde sus campañas,” es cosa realmente inaudita.—N. de la R.

y así para lo uno como para lo otro, importaba la pronta reunión del Congreso. Aproximábase el día señalado para ella, y estaban en Ibagué y sus inmediaciones varios Senadores y Representantes, aunque no en el número preciso. En tales circunstancias, lo único que podía hacerse era excitar solemnemente á los ausentes á que concurriesen con la mayor brevedad que fuese posible. Así lo comprendió, antes que nadie, el General ORTEGA, y con tal fin redactó una mañana, en una cuartilla de papel, la ligera minuta que, desarrollada luégo por mí en forma definitiva, fue suscrita por todos los Diputados presentes en Ibagué el 20 de Julio. Este memorable documento, con las sucesivas adhesiones de los miembros del Congreso que fueron llegando después, contribuyó poderosamente no sólo á la apetecida reunión de la Representación nacional, que al fin tuvo efecto en Septiembre, sino á que se vigorizase entre tanto el espíritu público y cobrasen ánimo en todas partes los amigos de la causa constitucional.

“Reunido el Congreso y *abotonado* Obando, como decían sus parciales, por haberse hecho la votación con botones blancos y negros á falta de bolas, se expidieron algunos decretos para crear recursos extraordinarios, y se pusieron las Cámaras en receso, contrayéndose la atención de todos, como actores ó espectadores, á las operaciones militares. Estas habían principiado por la toma de La Mesa, aconsejada muy de antemano por ORTEGA y efectuada ahora por Arboleda, que habiendo obrado de motu proprio, arrastró consigo, quieras que no quieras, al Ejército del Sur, aumentado ya en su base y reforzado por numerosos auxiliares. Descendiendo luégo éste á la Sabana, y dándose la mano con el Norte, el Vicepresidente Obaldía, como encargado del Poder Ejecutivo, nombró al General Herrán Comandante en Jefe de los Ejércitos unidos, quien, á su turno, designó á ORTEGA para Jefe de Estado Mayor General de todas las fuerzas. Con tal carácter entró triunfante en Bogotá el 4 de Diciembre de 1854.

“Esta es ya materia de historia más bien que de recuerdos privados. ORTEGA tuvo en la campaña por compañeros inmediatos á dos de sus hijos, y no hicimos el viaje de regreso juntos, porque tuve que permanecer en Ibagué unos días para autorizar varios documentos de instante urgencia que se estaban poniendo en limpio; de suerte que aunque lo vi en la Sabana varias veces antes de entrar á la ciudad, no tuve ya las mismas oportunidades de observarlo, por ser distintos nuestros hospedaje y comensales. Volvimos á tratarnos de cerca en un paseo que hicimos por el valle de Tenza en 1855, y los años siguientes nos vimos con frecuencia en Bogotá; pero como lo que puedo referir no diferiría esencialmente de lo que llevo indicado en esta relación, es llegado el caso de ponerle fin.”

PEDRO FERNÁNDEZ MADRID

Serrezuela, 20 de Julio de 1868.

LOS INFELICES

(VÍCTOR HUGO)

I

Es media noche. Con furente saña
 Silbando el noto en huracán deshecho,
 De una pajiza, lúgubre cabaña
 La puerta azota y estremece el techo.
 Débil bujía con su lumbre baña
 Su interior melancólico y estrecho,
 Y hace ver, olvidando su tristeza,
 Unidos el arreglo y la pobreza.

II

De un tosco banco que se mira á un lado,
 Desnudas tablas la rudeza enseñan:
 ¡Es un nido de almas!..... sin cuidado
 Cinco niños en él duermen y sueñan!